Las Consecuencias.

LAS CONSECUENCIAS.



A LA EMINENTE Y DISTINGUIDA ARTISTA

DOÑA MARIA RODRIGUEZ.

Á nadie mejor que á una persona de tan esclarecido talento, debo dedicar este pobre trabajo; por lo que os ruego, simpática y muy estimada amiga, os digneis aceptar la dedicatoria como insignificantísima prueba del sincero afecto de vuestro siempre entusiasta admirador.

El Autor,

J. G. de Lima.

LIMA.

GALERÍA LÍRICO-DRAMÁTICA HISPANO-LUSITANA.
HORTALEZA, NÚM. 5.

LAS CONSECUENCIAS

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

original del

ILLMO. SR. D. JOAQUIN G. DE LIMA,

Estrenado con gran éxito en el teatro de Novedades la noche del 1.º de Febrero del año 1873.

MADRID.
ASOCIACION DEL ARTE DE IMPRIMIR,
Calle del Colmillo, núm. 8.

1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA, esposa de D. Manuel, 24 años..	Sra. Rodriguez.
ANDREA, modista, 20 id...............	Srta. Ruiz.
MARTA, criada.........................	Montijano.
D. MANUEL, antiguo médico de marina, 52 años..........................	Sr. Montijano.
LUIS, abogado, 25 id..................	Castillo.
D. CASTO, primo de D. Manuel, 50 id..	Albalat.
Convidados, etc.	

La accion en nuestros dias.—El primer acto en Madrid, casa de D. Manuel.—El segundo en idem, casa de D. Luis.—El tercero en una quinta en las inmediaciones de Granada.—Del primero al segundo trascurren ocho dias.—Del segundo al tercero, un año.

ACTO PRIMERO.

Salon lujosamente amueblado, puerta al foro y laterales.—Chimenea izquierda segundo término.

ESCENA PRIMERA.

D. MANUEL, *llevando del brazo á* MARIA.—*Entran por el foro.*

MARIA. ¡Fátuos! ¡insolentes!
MANUEL. Pero...
MARIA. Nada, voy á condenarme
á reclusion rigurosa,
hasta que por fin acabe
y se extinga para siempre
la raza de los pedantes.
MANUEL. Pues entónces, hija mia,
trasforma la casa en cárcel,
y no asomes ni siquiera
las narices á la calle.
Eres hermosa, y le rinden
á tu hermosura homenaje.
¿Hay cosa mas natural?
MARIA. ¿Parece que eso te halaga?
MANUEL. Me halaga y me enorgullece
ir contigo á todas partes,
sorprender en las miradas
que tú á pesar tuyo atraes,
la admiracion, el asombro,
la envidia, y oir las frases
lisonjeras que se escapan

de todos los lábios; ¡pásmate!
Hay momentos, en que falta
muy poco para que exclame:
¡Gracias, señores, mil gracias,
son ustedes muy galantes!
¡Gracias por ella! ¿No es cierto
que mi mujer es un ángel?

MARIA. ¡Manuel!...

MANUEL De fijo, que todos
contestarian unánimes...
Cuando te llevo del brazo,
creo ser la viva imágen
de un asno cargado de oro.

MARIA. Me ofende que te compares...
¡Humillarte de ese modo
tan cruel, es humillarme!

MANUEL. ¡Qué digna, qué buena eres!
¡Ah, María! tú no sabes
lo que te debo; nací
desgraciado, y en mis viajes
como doctor en marina,
no hallé más que tempestades.
Mi presencia en un navío,
era para el navegante
el nuncio de una infinita
série de calamidades.
El infeliz que no hallaba
muerte segura en los mares
del Mediodia, se helaba
en las regiones glaciales.
Seis veces me enriquecí
triunfando de enfermedades
endémicas en América
y en las Indias orientales,
y otras tantas naufragó
mi capital; pero antes
de conocerte, tú fuiste,
sin duda, la que velaste
por mí; rico, millonario
regresé á los patrios lares;
no quise luchar de nuevo;
¡tu amor me volvió cobarde!
¡Cuánto te debo, María!
¡Qué mucho que te idolatre
con el cariño de esposo,

con la pasion de un amante,
con la pureza de un niño,
con la ternura de un padre!

MARIA. ¿Quién debe á quién? ¡Nací fruto
de una falta de mi madre,
y tú me distes un nombre
que no me quiso dar nadie!
Yo era pobre, y tú....

MANUEL. María,
¡yo te suplico que calles!
¡Si has de hablarme así, prefiero...
prefiero que no me hables,
y eso que cuando te oigo
creo oir la voz de un ángel!

MARIA. (¡Cuanto más crece ese amor,
orígen de mis pesares,
más la voz de mi conciencia
me grita que soy culpable!)

MANUEL. Mira, hablemos de otra cosa...
Vamos á ver si te place
el programa de hoy; ayúdame
á redactarlo. ¿Esta tarde
á la Fuente Castellana?
¿Mando enganchar el carruaje?

MARIA. Salir de casa...

MANUEL. Pues bien,
no saldremos; si el bergante
de Luis, mi ahijado, viniera...

MARIA. (¡Ah!)

MANUEL. ¡Qué jóven tan amable!
¿No es verdad? ¡Y qué discreto!
Pero á la vez ¡qué inconstante!
Ya no nos visita con
la misma frecuencia que antes.
¡Ingratuelo! Cuando venga
tenemos que regañarle
por infiel y por...

MARIA. (¡Ah! ¡Todos
los maridos son iguales!)

MANUEL. El que no hará falta es Casto,
mi primo, ese botarate,
á quien aprecio infinito,
á pesar de que es un cafre,
porque suelen divertirte
sus mil y una vaciedades...

Y, en fin, si tampoco viene,
aquí no hace falta nadie;
en último resultado,
yo te contaré mis viajes,
y si la verdad desnuda
es tal que no te distrae,
te diré cada mentira
que ni el mismo Dumas padre!
En cuanto á Luis...

MARIA. (¡Otra vez!)

MANUEL. Hay que disculparle en parte.
¡Ayer alcanzó en el foro
un triunfo de los más grandes!
Se trataba de un divorcio...
¡dicen que estuvo admirable!
una mujer... desgraciada,
¿no es desgracia ser culpable?
Denunciada á la justicia
por testigos oculares,
señalada por el dedo
de la opinion por infame,
alza la frente serena,
ya que no altiva, y renace
á la voz de Luis que encanta,
que conmueve, que persuade
los ánimos, porque humilla
al fuerte y ampara al frágil!

MARIA. ¿Conque Luis ha defendido...? (*Conmovida.*)

MANUEL. ¡Sí, y ha salido triunfante!
Dicen que no ha estado nunca
más inspirado, más... ¡calle!
hé aquí á mi primo Casto.
¡Te vas á reir en grande!

ESCENA II.

DICHOS.—CASTO.

CASTO. ¡Felices!

MANUEL. Siempre ha de ser
oportuno, héle ya aquí.
Mi mujer tiene *spleen*.

CASTO. ¿Sí?

MANUEL. Haz reir á mi mujer.

CASTO. ¿Reir? ¡Ah! tú, á no dudar,

ignoras á lo que vengo.
¡Hacer reir, cuando tengo
unas ganas de llorar...!

MANUEL. ¿Llorar? (*Riéndose.*)
¡Llora, hombre, á ver!

MARIA. ¡Llorar un hombre de peso! (*Riéndose,*)

MANUEL. ¡Llora, por Dios! ¿No ves que eso
le hace gracia á mi mujer?

MARIA. Pero, Manuel...

MANUEL. ¡Se acabó!
Quiero...

MARIA. No seas así

CASTO. (Conque estás triste, ¿eh?) (*A D. Manuel.*)

MANUEL. (Sí.)

CASTO. (¿Y no sabes por qué?)

MANUEL. (¡No!
Ya ves que eso es muy cruel!)

CASTO. (Nunca un marido precave...
El último que lo sabe, (*Para sí.*)
si llega á saberlo, es él!)

MARIA. ¿Qué hay de nuevo, Casto?

CASTO. ¡Ah!

MARIA. Pero qué tiene, que viene
de tan mal humor?

MANUEL. ¿Qué tiene?
No sé, hija mia, él dirá.
Primo, sabes que te estimo...

CASTO. ¡No me llameis de ese modo!

MANUEL. ¿Por qué no?

CASTO. ¡Llamadme todo
lo que querais, menos primo!

MANUEL. ¿Qué, no lo eres?

CASTO. ¡Sin tasa!
por lo mismo que lo soy
me carga que... En fin, os voy
á contar lo que me pasa.
¡Sabeis que los Carvajales
me disputan un tesoro!
¡Una finca en Valdemoro
valuada en seis mil reales!
Perderla no me acomoda
y acudo á don Luis.

MANUEL. ¿Mi ahijado?

CASTO. ¡El mismo, el abogado,
como quien dice, de moda!

Pues ha dado en la aprension
de no defenderme en esto,
bajo el frívolo pretesto
de que no tengo razon.
No tengo razon, me avengo,
y estoy de ello persuadido,
¡pero por eso la pido!
¡yo pido lo que no tengo!
En fin, que si el resultado
es malo ¡adios, mi dinero!
por si pierdo el pleito, quiero
sentar plaza de empleado.
¿Qué hombre decente y formal
llega á mi edad ¡esto es grave!
sin saber á lo que sabe
el turron ministerial?
¡Ya que tienes mil registros
como persona influyente,
y hablas de tú al presidente
del Consejo de ministros,
haz, usando de un ardid,
que me den una friolera,
haz que me nombren siquiera
gobernador de Madrid!
Es lo que me corresponde:
¿no digo bien, prima mia?
(*A María, que se ha ido á sentar en una butaca donde permanece embebida en sus pensamientos.*)

MARIA. ¡Qué! (*Levantándose bruscamente.*)

CASTO. ¡Diablo! (*Dando un salto hácia atrás.*)

MANUEL. Pero, María,
¿qué es lo que tienes? ¡Responde!
No es posible que consienta
verte así, me desagrada...
¿Qué tienes? ¡Habla, dí!

MARIA ¡Nada!

CASTO. Eso tengo yo de renta.
y me veo en más apuros...
no es que te pida dinero,
nada ménos que eso, pero...
¿tienes ahí cinco duros?

MANUEL. ¡Toma!

CASTO. Agradezco el favor,
porque estoy atravesando

una crisis... pero cuando
me nombren gobernador...
pues, comeré del país
y variaré de fortuna;
en fin, me voy á hacer una
visita á tu ahijado Luis.
Príma, adios. ¡No me oye!

MANUEL. Es
que está pensando...

CASTO. ¿En qué?

MANUEL. ¡Oh!
¡sábelo Dios y ella!

CASTO. (¡Y yo!)
Vaya, adios, y hasta despues. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON MANUEL *y* MARIA.

MANUEL. (¿Pero qué tiene? quisiera
leer en su pensamiento,
penetrar en su conciencia,
arrancarle ese secreto...)
María, ¿has visto otro tipo
(*Procurando fingir buen humor.*)
tan cómico, tan grotesco
como mi primo?

MARIA. ¿Qué dices? (*Distraida.*)

MANUEL. Digo que tu pensamiento
(*No pudiendo ya contenerse.*)
no está aquí, que no hay martirio
tan cruel para mi pecho,
como tenerte tan cerca
y que estés siempre tan lejos!..
Como el ver que no me quieres
lo mismo que yo te quiero.
(*Movimiento de impaciencia en María.*)
¡No te impacientes, María,
cálmate, yo te lo ruego!

MARIA. ¡Pero... es fuerte cosa! ¿Acaso
soy yo dueña de mis nervios?

MANUEL. Tienes razon que te sobra,
tambien yo á veces me siento,
sin saber por qué, nervioso,
mal humorado... comprendo

que no debia quejarme,
pero, que quieres, los viejos
somos muy impertinentes,
muy... ahora que me acuerdo,
principiamos un programa,
¿quieres que lo continuemos?
Pues bien: ¿que piensas hacer
esta noche, dí? Aquí tengo
un palco para el Real; ví
anunciado *El Rigoletto*,
y como sé que te gusta...

MARIA. ¡A mí? Sabes que detesto
á Verdí.

MANUEL. ¡Si ayer decias
que era él génio de los génios!

MARIA. Quién, ¿yo?

MANUEL. Creí haber oido...

MARIA. Lo habrás soñado.

MANUEL. En efecto,
¡yo soy tan raro!... ¡una idea!
¿Prefieres ir al concierto
de tu amiga, la simpática
marquesa de Campo-Bello?

MARIA. ¡Nada de música!

MANUEL. Allí
se baila tambien.

MARIA. ¡Me alegro!
sabes que abomino el baile.

MANUEL. Pues nada, nos estaremos
en casa. ¡Mi ahijado! (*Luis aparece foro.*)

MARIA. (¡Luis!)

MANUEL. Pardiez, que llegas á tiempo.

ESCENA IV.

Dichos y LUIS.

LUIS. ¿Qué es lo que ocurre, padrino?

MANUEL. ¡Psch! nada, un pronunciamiento.

LUIS. Pues es la primer noticia...

MANUEL. Se han sublevado los nervios
de mi mujer.

MARIA. Sus razones
han tenido para ello.

MANUEL. ¿Sus razones? Dí una sola,

una sola y me contento.

MARIA. Pues nada, se han sublevado
por lo variable del tiempo.
(Con intencion y mirando á Luis.)

LUIS. ¿Conque hay crísis?

MANUEL. Y tan gorda
que no se atreve el Gobierno
(Indicándose á sí mismo.)
á conjurarla; es preciso
que tú busques algun medio...

LUIS. ¿Yo? ¿qué influencia es la mia?...

MANUEL. Procura unir tus esfuerzos
á los mios, y si son
infructuosos, gritemos
con resignacion y á duo:
¡Todo se ha perdido menos
el honor! como decia
el rey Francisco primero.
Pero es tarde ya, me voy...

MARIA. ¡No te vayas, Manuel!

MANUEL. ¡Vuelvo
al instante! Bien sabeis
que no visito ya, pero
una señora de quien
fuí médico en otro tiempo,
se ha empeñado en que... ¡manías!
en que yo soy un gran médico;
¡cuestion de fé! la costumbre,
la rutina... si no accedo
á visitarla, es capaz
de morirse, ¡ya lo creo!
no seria el primer caso.....
¡Está fatal! Luis, te ruego
que procures distraerla.
Voy, pues, y vuelvo al momento.

MARIA. ¿No lo podias dejar
para más tarde?

MANUEL. No puedo;
mi pobre enferma... (¡lo dicho!)
Si á la vuelta no te encuentro
más animada, más... vamos
á reñir; con que hasta luego.

ESCENA V.

D. LUIS *y* MARIA.

(*Momento de silencio.—María sentada y sin volver la cabeza hácia el sitio en donde se encuentra Luis; este, de pié é inmóvil tambien, y contemplando á María apasionadamente.*)

LUIS. ¡María! (*Queriéndola coger una mano.*)
MARIA. Hace una semana (*Friamente.*)
que no viene usted á vernos,
y es que hay ciertas amistades
parecidas á mis nervios
en que están tambien sujetas
á las mudanzas del tiempo.
LUIS. ¡María!
MARIA. ¡Nada de escusas,
nada de vanos pretestos!
LUIS. ¡Oyeme, que aún no es tarde,
óyeme, yo te lo ruego!
Ya que el mundo todavía
ignora nuestro secreto,
en este instante, debiamos
darnos un adios eterno!
MARIA. ¡Y por qué! ¿No hemos jurado
luchar y vencer? ¿Querernos
como amigos, como hermanos?
LUIS. ¡Quimera! ¡como si eso
pudiera ser! ¡Ah, María,
si vieras lo que padezco!
Sobre todo cuando hiere
mi mente el triste recuerdo
de mi madre ¡madre mia!
turbó un hombre su sosiego
y la abandonó despues
injustamente; el despecho,
la vergüenza, no lograron
matar á la que en su seno
sentia ¡infeliz! el fruto
de aquel amor tan funesto,
y tuvo resignacion
para vivir, pero al tiempo
de dar á luz á su hijo
exhaló su último aliento!

Me encontré solo en el mundo
que fué, para mí, un desierto,
hasta que al fin una mano
generosa amparó al huerfano;
formó su alma para el bien,
cultivó su entendimiento
¡le hizo hombre! Cuanto soy
á Don Manuel se lo debo!
á Don Manuel, que un tesoro
halló en tí; pero yo, ciego,
insensible á tanto bien
recibido, desoyendo
el grito de mi conciencia
que me gritaba severo
¡acuérdate de tu madre!
¡respeta el honor ageno!
te empujé al abismo. ¡Ah!
cuando desperté del sueño
de un amor torpe, culpable,
y me contemplé cubierto
de dolor y de vergüenza
y sentí herido mi pecho
por el siempre envenenado
puñal del remordimiento,
¡me horroricé de mí mismo!
y estuve por ir corriendo
á Don Manuel, y decirle:
¡soy un ingrato! ¡un perverso!
¡le he robado á usted su honra!
¡máteme usted, lo merezo!

MARIA. ¡Ah! ¡tambien yo sufro mucho,
sí; tambien yo se lo debo
todo á ese hombre; tambien
vive en mí siempre el recuerdo
de una madre cariñosa,
que era mi único consuelo,
mi único amor en la tierra!
Un dia santo... ¡el primero
de Noviembre!... ¡hacia un año
que mi madre habia muerto!
dirigia silenciosa
mi pasos al cementerio,
cuando un hombre se interpone
en mi camino; á su empeño
en seguirme tenazmente

no opongo más que el desprecio;
pero él insiste, y entonces
yo, sin romper mi silencio,
saco una corona fúnebre
que yo misma habia hecho,
y que llevaba escondida
bajo el manto; se la enseño
y él entonces descubriéndose
me saluda con respeto.
A los diez dias, ese hombre
era mi esposo; el deseo
de un apoyo en mi orfandad
me hizo aceptar... Aunque es cierto
que no le amaba, tenia
en cambio el convencimiento
de no amar despues á nadie;
pero ¡ay! ¡que comprendí luego
que la mujer ama tarde
ó temprano!.... ¡cuando veo
frente de mí al que con tanta
generosidad me ha hecho
la limosna de su nombre
y de su fortuna, siento...
no sé si rabia ó vergüenza,
si gratitud ó despecho...
quizá combaten mi alma
todos estos sentimientos
á la vez; lo que yo sé
es que sufro, que padezco
cruelmente, y que no tiene
tan horrible angustia término!...

LUIS. ¡Lo tendrá, porque es preciso
que lo tenga!... ¡estoy resuelto!...
¡Oye, María!... procura
tener valor, yo le tengo;
¡y sabe Dios que mi amor
es grande, profundo, inmenso;
que no podrá nada, nada,
ni la distancia, ni el tiempo,
ni otro amor, estinguir nunca
la llama que arde en mi pecho!
Pero... así el deber lo ordena:
¡valor, María! ¡debemos
separarnos para siempre!

MARIA. ¡Luis!

LUIS. Mañana, un lazo eterno
me unirá á otra mujer.

MARIA. ¡Qué oigo!

LUIS. ¡Sí, María, sí! Ese nuevo
obstáculo hará imposible
un amor que nos ha hecho
tan desgraciados. ¡Adios!
¡es preciso!... ¡separémonos!
¡Condéname, si es preciso,
al olvido y al desprecio!
¡Ya que feliz yo no sea,
que tú lo seas al menos!
¡Adios, María, perdóname,
y adios!

MARIA. ¡Ah! *(Cayendo sobre una silla.)*

LUIS. No, yo no debo...
(Corre hácia ella y de pronto se detiene.)
¡entre el amor y el deber
es el deber el primero! *(Váse.)*
(Al llegar al foro se detiene, contempla un momento á María y desaparece precipitadamente.)

ESCENA VI.

MARIA, *luego* MARTA.

Un plan concibió su mente
para darme á olvido... ¡oh!
¿eso es amor? ¡No! ¡no! ¡no!
¡el amor no es tan prudente!
¡Estoy resuelta á sufrir
y á ahogar mi dolor! ¡á ser
esclava de mi deber!
¡si es necesario, á morir!
Pero que una rival... ¡no!
¡eso labra mi despecho!
(Se dirige al velador en el que habrá recado de escribir.)
Eso... más ¿con qué derecho
trato de impedirlo yo?
Comprendo que mi deber
es sufrir y callar, pero...

¡yo no quiero! ¡yo no quiero
verle unido á otra mujer!
(*Escribe precipitadamente, tira del cordon de la campanilla y aparece Marta.*
Lleva esta carta... (*Cerrándola.*)

MARTA. Recelo
que es para...

MARIA. ¡Silencio, Marta!

MARTA. Bien, pero venga la carta.

MARIA. ¡Toma y vuela!

MARTA. Tomo y vuelo. (*Vase.*)

ESCENA VII.

MARIA, *luego* MANUEL.

Obrando así, mi opinion
quizás he comprometido...
Como siempre, he obedecido
á la voz del corazon.

MANUEL. Pues señor, salió por fin
de peligro mi paciente;
la hallé aspirando el ambiente
purísimo del jardin.
Tiene gusto doña Amelia
para las flores; allí
descollar entre otras ví
esta preciosa camelia,
y como raya en manía
tu amor hácia flor tan bella,
dije al punto ¡para ella!
¡para mi hermosa María!

MARIA. ¡Gracias!
(*Toma la camelia, la pone sobre el velador y vuelve á tomar su anterior actitud.*)

MANUEL. (Nada, ¡aquí hay misterio!
¿Por qué de sí la retira?)
no me trates así, ¡mira
que voy á ponerme sério!

MARIA. Nunca te ví incomodado
y casi preferiría
tu enojo...

MANUEL. Pero, ¡María!

MARIA. A ese mimo continuado.

MANUEL. Conque prefieres de veras

que yo me incomode, ¿eh?
pues bien, ¡me incomodaré!
¡Basta que tú así lo quieras!
Mas dí cómo he de lograr
el poderte complacer;
porque es el caso, mujer,
que no me sé incomodar.
Mal la fé de esposo tierno
(*Estrechando una mano que le abandona friamente.*)
con el enojo se aviene.
(¿Pero qué tiene, qué tiene
esta mujer, Dios eterno?)

ESCENA VIII.

Dichos y ANDREA.

ANDREA. (Estrañarán la visita,
¡pero es preciso! ¡es preciso!)
¿Me dan ustedes permiso?
MANUEL. Adelante, señorita.
ANDREA. ¿Doña María Combé
de Marsal?
MARIA. ¡Yo soy¡
ANDREA. (¡Ahora
tengamos valor¡) Señora,
tengo que hablar con usté.
MARIA. ¿Y bien?
ANDREA. Que es muy peligroso
un testigo le prevengo.
MARIA. Es mi esposo, y yo no tengo
secretos para mi esposo.
ANDREA. Pero...
MANUEL. Que se explique usted
deseo ya vivamente.
ANDREA. ¿Y usted tambien? (*A María.*)
MARIA. Sí.
ANDREA. Corriente.
Entonces me explicaré.
MANUEL. (Tiene cierto desparpajo...
¿no es verdad?) *(A María.)*
MARIA. Cuando usté quiera...
ANDREA. Yo soy una pobre obrera
que vivo de mi trabajo.

Dedicada á mis quehaceres,
harto ímprobos quizás,
llegué á creerme la más
dichosa de las mujeres.
Un hombre turbó mi calma,
me juró bastante fé,
y yo le creí, le amé...
¡le amo con toda mi alma!
El amor, de que Dios quiso
hacer tanta maravilla,
mi pobre, humilde boardilla
trasformó en un paraiso.
Pues bien, por más que esto asombre,
¡una mujer ha turbado
tanta dicha! me ha robado
el corazon de ese hombre.
El, perjuro, corre en pos
del honor ageno, y ella,
esposa infiel, ¡atropella
la fé jurada ante Dios!
Con cinismo sin igual
de su crímen hacen gala:
¡él, se llama Luis Ayala,
ella, María de Artal!

MARIA. (¡Ah!)

MANUEL. ¿Qué?

ANDREA. Que olvide un capricho
y vuelva á mi amor deseo.

MANUEL. ¿Qué ha dicho esta mujer? Creo...
Creo que ha dicho... ¿Qué ha dicho?
(*Sacude con violencia el brazo de María.*)

MARIA. No sé... ¡Está loca!

ANDREA. ¡Quizás
con razon así me llame!
¡loca de amor! pero... *infame*...
(*Marcando esta frase, Maria baja los ojos.*)
¡Eso, nunca! ¡eso, jamas!
¡Usted la red le tendió...
sabré romper esa red;
por mucho que le ame usted,
le amo más, mucho más, yo!
Como soy tan desgraciada,
tal vez... ¡me asusta esa idea!
se una á otra mujer que sea
más digna de ser amada...

Si de esa manera trunca
mi esperanza más hermosa,
me inclinaré ante su esposa...
ante su querida... ¡Nunca!

MANUEL. ¡Esto lo imposible toca!
¿Estoy soñando ó despierto?
Está usted loca, ¿no es cierto?
¡Dígame usted que está loca!

ANDREA. ¡Yo!

MANUEL. ¡Confúndela! (*A María.*)

ANDREA. ¡No acierta
ni aun á disculparse!

MARIA. (¡Ah!)

ANDREA. ¡Mírela usted bien! Está
pálida como una muerta!
¡Yo seguí á Luis, le espié
y sé todo lo que pasa!
¡Sí, sé que entra en esta casa,
lo he visto yo entrar!

MANUEL. ¿Y qué?
Entra, es la pura verdad.

ANDREA. ¿Pero cuándo? Casualmente
cuando se halla usted ausente.

MANUEL. ¡Dará esa casualidad!
Pero tenderle una red
á mi honor... ¡usted delira!
Él! Luis! mi ahijado! mentira!
no puede ser! miente usted!

ANDREA. ¡Oh!

MANUEL. ¡Que Luis es un ingrato...
¡Miente! ¿No es verdad María?

MARIA. ¡Miente! (*Haciendo un esfuerzo.*)

ANDREA. ¿Y la fotografía,
miente tambien?

MARIA. (¡Mi retrato!)

ANDREA. Honrando una coleccion,
por más señas nada escasa,
hallé este retrato en casa
de ese don Luis en cuestion.

MANUEL. ¡Venga! venga!... ver deseo...

ANDREA. ¡Yo... yo no miento jamás!
Vea usted! (*Le dá un retrato.*)

MARIA. (¡Oh!)

MANUEL. Si por más
Pasando la mano por los ojos.)

que procuro ver, no veo...
¡Siento desgarrada el alma!

MARIA. (¡Ah!)

ANDREA. Tal vez luego me pese
haberle enseñado ese
retrato que así su calma
quizá para siempre trunca,
pero la culpa no es mia;
ha dicho usted que mentia,
y yo... ¡yo no miento nunca! (*Váse.*)
(*Mira con altivez á María que baja los ojos. Se dirige al foro, se detiene allí un instante para dirigir á Maria otra mirada de odio y desprecio y se vá precipitadamente.*)

ESCENA IX.

D. MANUEL.--MARIA.

MANUEL. ¡Tú, tú verás mejor, toma! (*Le dá el retrato.*)
¿De quién es este retrato?
¡Pero no, venga! que vea (*se lo quita,*)
por mí mismo es necesario...
¡Oh! ¡no cabe duda! ¡es ella!
(*Estrujándolo convulsivamente.*)
¡Es ella! ¡ya veo claro!
¡Sí! ¡la nube de mis ojos
se ha deshecho al fin en llanto!
(*Se cubre el rostro con las manos. Momentos de silencio, durante el cual no se oyen más que los sollozos de D. Manuel. Maria permanece de pié inmóvil, con la cabeza baja y los brazos cruzados.*)
¿Pero nada dices? ¡nada!
¡Esta mujer es de mármol!
¡Vete! ¡huye! ¡tú no eres
digna de estar á mi lado!
¿A dónde vas, desgraciada?
(*Deteniéndola al ver que se dirige a su habitacion.*)

MARIA. ¡Mandas... obedezco y callo!

MANUEL. ¡Oh! no, ¡no! ¡Ven aquí! ¡esplícate!
¡habla! ¡discúlpate! ¡Vamos!

MARIA. ¡Pero, si tú no me dejas!

MANUEL. ¡Cierto! ¡soy un insensato!
ya... ¡ya estoy sereno! ¡habla!

MARIA. Manuel, recuerda que estamos
á siete de Enero, el quince,
cumples cincuenta y tres años.

MANUEL. ¡Y bien! Sigue.

MARIA. Yo quisiera...
quisiera hacerte un regalo...

MANUEL. ¡Sigue!

MARIA. Me retraté; sabes
que Luis es aficionado
á la pintura...

MANUEL. ¡Friolera!
Si no levantaba un palmo
del suelo y ya... sigue, sigue!

MARIA. (¡Mentir! y ¿qué hacer?)

MANUEL. Estábamos
en que Luis...

MARIA. Creyó oportuno
iluminar el retrato
y se lo llevó á su casa
para...

MANUEL. ¡Para iluminarlo!
¡Es natural! pero, dí,
¿á qué turbarte? Si cuanto
estás diciendo es tan lógico,
tan perceptible, tan claro,
y tan... ¡sigue!

MARIA. Esa mujer
¡Dios la perdone el mal rato!
por lo que hemos visto, debe
ser celosa en alto grado;
halló... ella misma lo ha dicho,
halló el dichoso retrato
en casa de Luis, y al verlo
sospechó que yo...

MANUEL. No estraño
que sospechara esa loca...
¡si yo mismo he sospechado!...

MARIA. (¡Mentir así!... pero... ¿puedo
decir la verdad acaso?)

MANUEL. ¡Perdóname! ¿Me perdonas,
dí?

MARIA. Manuel... me siento algo
indispuesta.

MANUEL. ¿Si?
MARIA. Permite
que me retire...
MANUEL. ¡Entendámonos!
¿Qué es lo qué tienes? ¿qué sientes?
MARIA. ¡Nada! pesadez, cansancio,
voy....
MANUEL. Sí, vé y descansa. Esa...
(La acompaña hasta su habitacion.)
¡esa celosa del diablo
tiene la culpa de todo!
¡Ya se vé! te has afectado...
confieso que yo tambien...
¡Qué mucho! ¡Soy tan avaro
de mi tesoro, que temo
que vengan á arrebatármelo!
MARIA. (Dios mio! ¡Dios mio! ¡Ten
piedad de mí! ¡Sufro tanto!) *(Váse.)*

ESCENA X.

D. MANUEL.—*Luego* D. CASTO.

MANUEL. ¡No puedo más! ¡ay! ¿qué es esto?
¿qué siento? ¿No me ha probado
su inocencia? Pues entonces,
¿qué es lo que contrista mi ánimo?
¡ay! ¡es que la lucha ha sido
cruel! ¡muy cruel! ¡Sí, tanto,
que creo que en diez minutos
he envejecido diez años!
CASTO. ¡Hola, mi querido primo!
MANUEL. ¡Hola! ¿Qué hay de nuevo, Casto?
CASTO. Mucho y bueno, digo, no;
¡mucho y malo!
MANUEL. ¿Mucho y malo?
CASTO. Sí, tengo que hablar contigo
de un asunto delicado.
MANUEL. ¿Qué, necesitas dinero?
CASTO. ¿Dinero? no; sin embargo,
¿tienes ahí cinco duros?
MANUEL. Tengo... cuatro. *(Mirando al bolsillo.)*
CASTO. Bien, ¡pues cuatro!
¡Me debes uno, no hay prisa,
cuando te venga bien!... vamos
á nuestro asunto y sentémonos.

MANUEL. (¡Ya tenemos para rato!)
CASTO. Soy hombre de mucho aplomo,
y hablo siempre... muy sentado.
MANUEL. ¿Serás breve?
CASTO. Lo seré,
y no al estilo de Braulio,
el albeitar de mi pueblo;
la echa de literato,
cada carta que me escribe
no es carta, es un cartapacio,
y añade al final, aquello
de... ¡no puedo ser más largo!
¡como si el serlo ó no serlo
estuviera en nuestra mano!
MANUEL. ¡Bien, al grano!
CASTO. ¡No me hables
no me hables, por Dios, de granos!
Me acuerdo del golondrino
que tuve el año pasado
en la misma nuca...
MANUEL. Pero...
CASTO. Ni que tuviera, así, un palo,
un garrote, á guisa de eje,
desde los piés hasta el cráneo...
Iba yo por esas calles
más tieso que un diplomático.
MANUEL. En fin...
CASTO. Voy á lo que importa.
Conque, oye:
MANUEL. (¡Es lo más pesado!)
CASTO. Tengo un amigo, un pariente
cuyo nombre no hace al caso,
que se casó nada ménos
que á los cincuenta y dos años.
(Movimiento de D. Manuel, cuya agitacion vá aumentando hasta el fin de la escena.)
Es preciso confesar
que está muy bien conservado,
pero no deja por eso
de... de ser un viejo ¿estamos?
su mujer es una niña
algo ligera de cascos,
con que saca en consecueucia
que es lo que habrá resultado.
MANUEL. ¡Sigue, pero sin rodeos!

CASTO. Como yo tengo un olfato
que al punto huelo si el prójimo
tiene ó no tiene tabaco,
y hasta me atrevo á decir
si es filipino ó habano,
dije al ver tal matrimonio:
¡aquí huele á contrabando!
No tenia pruebas; hoy
se me han venido á la mano.

MANUEL. ¡Pruebas!

CASTO. Sí, vengo de casa
de D. Luis.

MANUEL. ¿Y bien?

CASTO. Tu ahijado,
con motivo de ese pleito
que me dá tan malos ratos.
Habia salido, y dije:
le esperaré en su despacho.
Como me hallaba allí solo,
por entretenerme en algo
me puse á curiosear
los papeles, y entre el caos
de notas y apuntaciones,
de causas y de alegatos,
ví una carta, y por la letra
del sobreescrito, en el acto
comprendí que era... ¡adivínalo!
de la casta esposa ¿estámos?
Y ya se vé, como yo
á lo mejor me distraigo,
me la metí en el bolsillo
sin saber cómo ni cuándo...
y... y apuesto cinco duros,
muy seguro de que gano,
á que traigo aquí la carta;
en efecto, aquí la traigo.
(La saca y presenta á D. Manuel.)

MANUEL. ¡Venga! ¡letra de María!

CASTO. ¿De tu mujer?

MANUEL. De mí... ¿acaso
mi mujer tiene secretos
para su marido?

CASTO. Yo hablo
por boca de ganso, ¿estás?
y ahora tú eres el ganso.

Has dicho que era la letra
de tu mujer.

MANUEL. ¡Mientes!

CASTO. Vamos,
pues yo juraria que...

MANUEL. ¡Mientes!

CASTO. Bien, en ese caso
devuélveme la cartita...

MANUEL. ¡No!

CASTO. Pero...

MANUEL. ¡No! yo me encargo
de dársela á Luis.

CASTO. Bien, pero...

MANUEL. Dí, ¿no tienes que hacer, Casto?

CASTO. No.

MANUEL. ¿Quieres dejarme en paz
con mil diablos?

CASTO. Entendámonos,
¿Cómo he de dejarte en paz
si te dejo con mil diablos?

MANUEL. ¿Quieres marcharte?

CASTO. Bien, hombre;
¡ya me marcho! ¡ya me marcho!
Lo que ménos te has creido
es que te iba á pedir algo;
pues no señor, nada de eso,
aunque si yo no me engaño
tendrás cinco duros...

MANUEL. ¡No!

CASTO. Pues ahora si que me largo.
(Don Luis, yo perderé el pleito
porque usté da en ser un trasto;
pero no me importa, ya estoy
satisfecho: ¡me he vengado!) (*Váse.*)

ESCENA XI.

D. MANUEL.

¡Oh! ¡sí! ¡no hay duda! ¡es su letra!
¿pero á que alarmarme? ¿Acaso,
segun ella antes me ha dicho,
no piensa hacerme un regalo?
Pues bien, ¿nó es muy verosímil
que estén los dos combinados
para darme una sorpresa?

¿qué tendria eso de estraño?
¡María es mi ídolo, Luis
mi hechura! ¡sí, yo le he dado
el nombre de hijo, y lo mismo
que si lo fuera le amo!
¡Son los dos únicos séres,
son los dos únicos lazos
que me ligan á este mundo!
¿Cómo han de ser tan ingratos?
¡No, no, yo no abro esta carta!
¡Oh! qué vergüenza si la abro,
y los encuentro inocentes
despues de haber sospechado...
pero es preciso, es preciso
salir de dudas. Veamos...
(En ademan de abrir la carta.)
¡Ah! ¡no me atrevo! ¡cobarde!
¿Qué se ha hecho de aquel bravo
marino, que tantas veces
luchó con la muerte impávido?
¡Es que el alma tambien tiene
tempestades y naufragios
más terribles todavía
que los del mar irritado!
¿Quién, cuando su honor zozobra
no lo contempla temblando?
Pero aquel que de tinieblas
se halla por su mal cercado,
lucha por ver... ¡yo prefiero
tener los ojos cerrados!
¡Todos aman la luz! ¡todos!
¡tan solo á mí me dá espanto!
¡nada¡ ¡es preciso salir
de esta incertidumbre! ¡ánimo!
(El mismo juego que antes.)
¡para qué! ¡no he de leerla!
mis ojos estraviados
nada podrán ver ¡no mientas!
¡sé franco, imbécil, sé franco!
¡no es que no puedes ver nada,
es que no quieres ver claro!
(Se acerca lentamente á la chimenea, despues de una pequeña vacilacion, prende fuego á la carta y la sostiene ardiendo en la mano á tiempo que aparece María.)

ESCENA XII.

Dicho y MARÍA.

MARIA. ¿Qué haces?
MANUEL. ¡La felicidad
soñé; que despierte, empeño
es de la fatalidad,
y quemo la realidad
para conservar el sueño!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon elegantemente amueblado.— Profusion de luces.— Puerta al foro que conduce al salon de baile.—Lateral derecha en segundo término que conduce á la calle.—Lateral izquierda que guia á la sala de juego.—Al levantarse el telon aparece la escena desierta.—Se oye por unos momentos la música del baile.—A las últimas notas entra Andrea por el foro, viniendo del salon de baile.

ESCENA PRIMERA.

ANDREA.

¡Cuanto me está sucediendo,
me parece... tan distintas,
tan opuestas sensaciones,
combaten el alma mia,
ya un hermoso sueño, ya
una horrible pesadilla!
Despertar en la opulencia
cercada de lujo, unida
para siempre al hombre que amo
con profunda idolatría;
realizar, en fin, el sueño
más hermoso de mi vida,
mi más risueña esperanza...
¡y todo en solo ocho dias!
Pero al obrar así, de una
manera tan imprevista,
Luis obedece á una causa
para mí desconocida:

sí, se ve que no es su propia
voluntad la que le guia;
hay un influjo á que cede,
una razon que le obliga,
y esa razon, y ese influjo
¡es quizás ella, María!
Esa mujer en quien veo
una mortal enemiga
de mi reposo, ha infiltrado
en mi alma, un tiempo tranquila,
todo el veneno que encierran,
toda la hiel que respiran,
el deseo de venganza,
¡el ódio, el rencor, la envidia!
Luis no me quiere, ¡no! el *sí*
que pronunció de rodillas
al pié del ara, resuena
en mi oido todavía
¡cómo el grito que se escapa
de un corazon hecho trizas!
Sus palabras estudiadas
no tienen esa armonía,
esa dulzura, ese encanto,
ese calor, esa fibra,
esa persuasion que tienen
todas las que el alma dicta.
Por eso me hacen más daño
que su desden, sus caricias;
por eso lucho, por eso
me parece que es la vida
ya un hermoso sueño, ya
una horrible pesadilla.

ESCENA II.

Dicha, D. Casto.

Aparece por el foro llevando una bandeja con dos vasos de ponche.

Casto. ¡Quedad con Dios mentecatos!
invertid tiempo y saliva
en decir á troche y moche
las mil y una tonterías...!
¡Bailad hasta echar los bofes
el wals y la polka íntima,

para coger en la calle
despues una pulmonía!
¡Yo aquí apuraré entre tanto
el cáliz de las delicias!
Se sienta, coloca la bandeja sobre sus rodillas y bebe.

ANDREA. (He abandonado el salon
por ver si Luis me seguia;
él me ha visto y sin embargo...)

CASTO. (¿Qué haré yo para que diga
esta culta sociedad
que soy un hombre de chispa?
¡Muy sencillo! Coger una
y esa nadie me la quita.) (*Bebe.*)

ANDREA. (¡No estoy sola!) (*Viendo a Casto.*)

CASTO. (Esta es la jóven
desposada... ¡cómo fija
sus ojos en mí!)

ANDREA. (¡Qué tipo!
¡qué figura tan ridícula!

CASTO. Señora, ¿usted gusta?
Se levanta y saluda, sin abandonar un momento la bandeja durante esta escena y la siguiente. Beberá de cuando en cuando hasta dejar los vasos vacíos.

ANDREA. ¡Gracias!
(Pero ¿quién será este quidam?)

CASTO. Don Luis, al que me unen grandes
y profundas simpatías,
no me ha invitado... A un amigo
como yo, no se le invita.
¡Detesto esas etiquetas
generalmente ridículas!
Bien quisiera al presentarme
á esta reunion escogida,
ser un hombre de recursos,
de elevada gerarquía,
manejar mucho dinero
y figurar en política,
ó tener talento, aunque eso,
sirve de muy poco hoy dia.
¡Pero no soy nada, nada!
¡Ni siquiera periodista!
Y si aquí y en todas partes
levanto la frente erguida...

es porque me creo honrado...

ANDREA. ¡Caballero, la honra es mia! (*Distraida.*)

CASTO. (¡Esclusivamente suya!
¡Qué mujer tan egoista!
Es decir, que los demás
la tenemos ya perdida.)

ANDREA. ¿Conque usted conoce á Luis?

CASTO. Nuestra amistad es antigua,
soy primo de su padrino.

ANDREA. ¿El doctor Artal?

CASTO. En línea
no diré si recta ó curva,
porque no sé geometría;
pero sé que somos primos;
yo, en la acepcion genuina
de la palabra, y él... él...
por activa y por pasiva.

ANDREA. Tiene fama de hombre honrado.

CASTO. No sin razon; es la misma
generosidad, yo nunca
abuso de la familia,
acudo á él, cuando tengo
alguna urgencia imprevista,
y eso no me pasa más
que una vez todos los dias.

ANDREA. Elogian mucho su ciencia.

CASTO. No le hacen más que justicia.
¡Es todo un sábio! mi hermano
Bartolomé, padecia
de un aneurisma, y no obstante
no murió del aneurisma,
porque mi primo, la nata
y flor de la medicina,
tuvo á bien anticiparse
y lo despachó en dos dias.

ANDREA. ¿Dicen que no ha conseguido
ser muy felíz en su vida
conyugal?

CASTO. ¡Claro! Él ya es viejo
y su mujer una niña,
naturalmente, no pueden
congeniar, no simpatizan...
Ni santa Rita de Casia,
que fué una esposa tan digna...
Los tiempos no son los mismos,

las circunstancias varían,
y hoy seria Santa Rota,
la que ayer fué Santa Rita.

ANDREA. Dicen que... ¡Pobre señora!
¡Lo que inventa la malicia!
¡Dicen que es mujer de historia!

CASTO. Pues no mienten; yo podria
suministrar algun dato...

ANDREA. ¡Hola!

CASTO. Sé una anecdotilla
reciente.

ANDREA. ¿Conque reciente?

CASTO. Si.

ANDREA. ¿Y curiosa?

CASTO. ¡Curiosísima!

ANDREA. Si quisiera usted contarmela...

CASTO. Sin omitir ni una sílaba.
Figúrese usted que...

ANDREA. ¡Luis!

CASTO. Se continuará.

ANDREA. No hay prisa.

(D. Casto vuelve á sentarse en el mismo sitio que antes y continúa tomando tranquilamente su ponche.)

ESCENA III.

Dichos y LUIS.

LUIS. ¿Qué haces aquí?

ANDREA. Estoy cansada.

LUIS. Te echan de menos ya...

ANDREA. ¿Quién?

LUIS. ¡Todo el mundo!

ANDREA. Tan dichosa,
la verdad, no me juzgué.

LUIS. Empiezan á murmurar...

ANDREA. ¿Sí? ¿Y qué dicen?

LUIS. Que más bien
que una boda palpitante,
como quien dice, de ayer,
parece el motivo de esta
modestísima soirée,
el sétimo aniversario
de nuestra luna de miel.

ANDREA. ¡Vamos, nos encuentran... frios!
LUIS. Quizás.
ANDREA. Hacen mal, hoy es
de mal tono, ya se trate
de un matrimonio novel,
ya de un matrimonio viejo,
eso de quererse bien.
CASTO. (¡Ya espira! Será preciso
brujulear otra vez!)
LUIS. ¿Vamos al salon?
ANDREA. ¡Allí
hace un calor!...
LUIS. ¡Ya se vé!
hay tanta gente...
ANDREA. Pues mira,
falta todavía.
LUIS. ¿Quién?
ANDREA. Pero, hombre, ¿no lo adivinas?
El doctor y su mujer.
LUIS. No los he invitado.
ANDREA. No,
pero yo me apresuré
á suplir tu falta.
LUIS. ¡Andrea!
ANDREA. Porque como era un deber
de amistad y de conciencia...
LUIS. ¿Les mandaste esquela?
ANDREA. ¡Pues!
CASTO. (¡Qué horror! ¡ya traduzco el fondo!)
(*Con el vaso en la mano.*)
LUIS. ¡Pues no vendrán! *(Irritado.)*
ANDREA. ¿Y por qué
no han de venir, dí?
CASTO. (¡Conviene
andar con mimo!) (*Toma un pequeño sorbo.*)
ANDREA. ¿Por qué?
LUIS. Porque el doctor... un anciano,
no está ya para soireés.
¿Vamos? (*Música en el salon de baile.*)
ANDREA. ¡Bailar!
LUIS. Es preciso.
ANDREA. Sí, es preciso quedar bien
con el mundo, aunque vivamos
como Dios quiera despues.
LUIS. ¡Andrea!...

ANDREA. (De fijo que ella
vendrá, y entonces veré
lo que de ese amor indigno
puedo esperar ó temer.)
LUIS. Mira, Andrea, te suplico...
ANDREA. Vamos. (*Vanse foro derecha.*)
CASTO. ¡*Consumatum est*! (*Apurando el vaso.*)

ESCENA IV.

CASTO. *luego* D. MANUEL Y MARIA.

CASTO. ¡Lo dicho! será preciso
(*Dejando la bandeja en el velador.*)
brujulear otra vez...
¡Oh! la gorda, la archi-gorda
será al abrirse el buffet!
Va á haber una de empujones,
codazos y puntapiés.....
MANUEL. Hénos aquí ya, María.
MARIA. Tú lo has querido, Manuel.
MANUEL. Sí.
CASTO. (¡Mi primo aquí, y con ella!
¡Jesús, qué cosas se ven!)
MANUEL. Sí, yo lo he querido, tu honra
lo exige así.
CASTO. (Vamos, es
un señor primo.)
MANUEL. Levanta
la frente con altivez.
Ya sabes que he recibido
dos anónimos ayer,
en que se atreven ¡infames!
á calumniarte; pues bien,
quiero que vayas conmigo
á todas partes, que al ver
su impotencia, la calumnia
se ahogue en su propia hiel,
y que sea su castigo
tu desden y mi desden.
CASTO. (Nada, nada, el primo hache,
es decir, el primo rey.)
MANUEL. ¡Casto!
CASTO. Buenas noches, primo,
buenas noches, prima.
MANUEL. (El fué

el que me entregó la carta
de María; es menester,
ó ponerle una mordaza
ó halagarle...)

CASTO. Sabes...

MANUEL. ¿Qué?

CASTO. Que hay aquí un ponche esquisito;
me hé echado en un santiamen
dos vasitos al coleto,
y ahora tengo mas sed.

MANUEL. Pues anda!

CASTO. Sí, voy. (¡Que idea,
voy á dar golpe!) Manuel,
¿piensas bailar?

MANUEL. ¿Yo? sí, cuando
resucite el minué.

CASTO. Eso no se baila aquí.

MANUEL. Entónces, paz á los pies.

CSATO. En fin, ¿qué, estás libre prima?

MARIA. Sí.

CASTO. Pues entónces, ¿podré
dar una vuelta contigo?

MANUEL. ¡Claro, y aunque sean tres!
¿No es verdad María?

MARIA. Bueno,
como tú quieras.

CASTO. (Va á ser
para el tal D. Luis un golpe
inesperado, cruel. *(Se oye la música.)*
La schotis.

MANUEL. Yo, mientras, voy
á jugar al ajedrez.

CASTO. Buena suerte.

MANUEL. ¿Buena suerte?
Muy mal me quieres.

CASTO. ¿Por qué?

MANUEL. El que no es afortunado
en el juego, ese lo es
en amores. *(Se retira la dama.)*

CASTO. Pues entonces
debes ganar, no perder!

MANUEL. En fin, ello dirá. ¡Adios!

CASTO. Adios!

MANUEL Trátamela bien. *(Vásc.)*

ESCENA V.

CASTO, MARÍA; *luego* LUIS.

CASTO. ¿Y mi prima? ¡Es singular!
¡Ah, ya! allí en aquel rincon.
¿Vamos?
MARIA. ¿A dónde?
CASTO. ¡Al salon!
MÁRIA. ¿A qué?
CASTO. A bailar.
MARIA. ¿A bailar?
CASTO. Sí, prima, sí; la schotis.
MARIA. ¡Habia olvidado ya!...
CASTO. En fin: vamos.
MARIA. ¡Vamos! ¡Ah!
(Viendo á Luis que aparece en el foro.)
LUIS. (¡Ella!)
CASTO. Me alegro. ¡D. Luis!
MARIA. ¡Ay, primo!
CASTO. ¡Qué?
MARIA. ¡Que he perdido
mi sortija!
CASTO. ¿Es de valor?
MARIA. Sí.
CASTO. ¡Canario!
MARIA. ¡Hazme el favor
de correr... se me ha caido
al subir en la escalera!
CASTO. Corro. (¡Qué aplicado soy,
me caigo de viejo, y voy
á emprender una carrera.)
(Vase corriendo por la puerta izquierda.)

ESCENA VI.

LUIS *y* MARIA.

MARIA. ¡Luis, Luis! no esperes que inflame
mi corazon el despecho,
ni el rencor; lo que tú has hecho
es bajo, es indigno, infame!
Mas no te ódio, ni maldigo;
los celos que mi alma oprimen...
sé que mi amor es un crímen,
y que merece un castigo.
Te amo, de mi esposo en mengua,
porque mi honor es su honor;
y oso hablarte de mi amor,

y no me arranco la lengua.
Luis ¿qué he dicho? ¿que tú eres
un infame? No, Luis, no;
la infame soy yo, sí, yo,
que he faltado á mis deberes,
que he atropellado mi honor.
Luis, no me debo quejar!
haces muy bien en pagar
con tu desprecio, mi amor!
(Se deja caer sobre una silla cubriéndose el rostro con las manos.)

LUIS. ¿Qué deseas? ¿que el abismo
te arrastre! ¿Y eso, María,
seria amor, ó sería
torpe afan, nécio egoismo?
A mi insensata pasion
sacrificarte yo temo,
y hago un esfuerzo supremo
por conservar mi razon.
De tí alejarme procuro,
y el olvido te aconsejo,
porque cuanto más me alejo,
mas tu reposo aseguro.
Por tí, no por mí, reclamo
de Dios el ingrato olvido;
por tí, por siempre me hé unido
á una mujer que no amo!

MARÍA. ¡Y á decirme eso se atreve!
¿Dónde está tu esposa?

LUIS. Pero...

MARÍA. ¿Dónde está? dímelo; quiero
que sepa lo que me debe;
decirle... ¡no á tu hermosura,
no á un amor que no hay en tí
ni en él! ¡es á mí, ès á mí
á quien debes tu ventura!

LUIS. ¡Tú no harás eso!

MARÍA. He de hacer
cuanto me dicte el despecho...

LUIS. Pero, dime, ¿qué te ha hecho,
qué te ha hecho esa mujer?

MARÍA. ¡Arrebatarme tu amor!

LUIS. María, no injustamente
le hagas víctima inocente
de tu profundo rencor.

¡No amargues su porvenir!

MARÍA. ¿La amas?

LUIS. No.

MARIA. ¿Ni la amarás?
¡Dime!

LUIS. La amaré quizás
cuando la vea sufrir.

MARÍA. ¡Luis!

LUIS. ¡Ah! yo en mi amor profundo,
¡ven, sígueme! te diria,
¿qué importa el mundo, María?
¡yo tengo para tí un mundo;
una existencia mejor!
yo viviré para tí,
tú vivirás para mí,
nos basta con nuestro amor!
Pero ¡ay! que turba mi calma
al soñar de esa manera,
aquella voz que severa
me grita dentro del alma:
¡acuérdate de tu madre,
piensa que tu loco amor
va á manchar el limpio honor
del que es tu segundo padre!
¡María, olvida el pasado,
ten, ten piedad, no de mí!
¿para que? ¡tenla de tí,
y olvida á este desgraciado!

MARÍA. ¡Olvido el ingrato pide!
eso de mi amor reclama!
dice... dice que me ama,
y desea que le olvide!
¿Por qué, viendo mi dolor,
te gozas en mi suplicio?

LUIS. ¡María, ten juicio!

MARÍA. ¡Juicio!
¡juicio le pide á mi amor!
¡ah! ¡comprendo ese desden
digno de un alma de roca!
yo soy una pobre loca,
y tú... ¡Discurres muy bien!
¡Es digna de admiracion
tu varonil entereza!
¡Y es, que amas con la cabeza,
y yo con el corazon!

ESCENA VII.

Dichos, MANUEL, *luego* CASTO.

MARIA. (¡Ah!)
LUIS. (¡El!)
MANUEL. ¡Buenas noches, Luis!
Oye, María, he jugado,
y... ¿lo creerás? He ganado;
le dí al refran un mentís.
Debo en el juego perder;
¡en amor gano hasta el resto!...
MARIA. (¡Ah!)
LUIS. (¡Tarde ó temprano, esto
habia de suceder!)
CASTO. ¡Aleluya, prima bella!
Hé buscado con prolija
solicitud la sortija,
y héme aquí, por fin, sin ella.
Pero en cambio hallé estos guantes,
(Enseñando unos guantes monstruos.)
y he llegado á comprender,
como el insigne Cuvier,
la raza de los gigantes.
¿Los guardo?
(A María que se encoge de hombros.)
MANUEL. ¡Te estás luciendo!
CASTO. ¿Yo? Siempre.
MANUEL. En vez de bailar,
ella...
CASTO. Me mandó á buscar
una sortija...
MANUEL. ¡Comprendo!
(Mirando con intencion á Luis y á María.)
CASTO ¿Bailaremos el wals? *(Ofreciendo el brazo.)*
MARIA. No.
CASTO. ¿Estás cansada?
MARIA. Sí.
CASTO. Pero...
MARIA. ¡He dicho ya que no quiero! *(Agitada.)*
CASTO. Pero, prima...
MARIA. ¡Se acabó!
MANUEL. (¡Luis, que tu mujer te espera!)
(Notando la agitacion de María.—Luis sale por el foro.)

¿Conque el ponche no anda escaso?
CASTO. ¡No! ¡Y bueno que es!
MANUEL. ¡Trae un vaso!
CASTO. Aunque sea una ponchera.
MANUEL. ¡Vé, pues, hazme ese favor!
CASTO. ¿Traeré un vaso para tí,
estás? ¡Otro para mí,
y otro para este señor! *(Por si mismo.)*

ESCENA VIII.

DON MANUEL *y* MARIA.

(Varios convidados pasan y repasan por el foro, y otros salen de juego y se dirigen al de baile. Este juego escénico debe haberse repetido de vez en cuando durante las escenas anteriores.)

MARIA. ¡Gran Dios! *(Sollozando y ocultando el rostro.)*
MANUEL. ¡Silencio!
(Poniéndose vivamente delante de ella, como para defenderla de las miradas de los convidados.)
MARIA. !Yo muero!
MANUEL. ¿Quieres callar, desgraciada?
¿no ves que no estamos solos?
¡Seca, devora tus lágrimas!
MARIA ¡Manuel! *(Mirándole arrasada en lágrimas.)*
MANUEL. ¡Ahoga tu llanto!
como yo lo hago, y ¡calla!
¡Sí, yo tambien, sufro y lloro!
¿Piensas que aquí ya no hay nada?
(Señalando al corazon.)
Los montes oculto fuego
encierran en sus entrañas,
aunque la nieve corona
dé á sus cimas elevadas.
Tambien corona á mi frente
dá la nieve de mis canas,
y sin embargo, escondido
tengo un volcan en mi alma.
¿Ves los surcos de mi rostro?
¡Huellas son de hirviente lava
que mi pecho por el mudo
cráter de mis ojos lanza!
¡Lloro! pero cuando nadie
puede sorprender mis lágrimas,

ni aun tú misma, ni aun tú misma
¡que eres la única causa!

MARIA. ¡Manuel, sácame de aquí! (*A sus pies.*)

MANUEL.. ¿Qué haces?

MARIA. ¡Por piedad!

MANUEL. Levanta.
¿No comprendes, no comprendes
que si te ven á mis plantas,
adivinarán al punto
tu vergüenza y mi desgracia?
¡Tu vergüenza! ¡no! ¿Qué importa
que sea tuya la falta
y que yo, en cambio, conserve
mi nombre y mi honor sin mancha,
si sabes que el mundo, culto
rinde á la esposa liviana,
y al marido con el dedo
del ridículo señala?

MARIA. ¡Sácame de aquí, Manuel,
yo te lo suplico!

MANUEL. ¡Calla,
y sufre como yo sufro!
¡Salir así de esta casa!
¡Sabe Dios como seria
nuestra ausencia comentada
¡Sufre, pues, repito!

MARIA. ¡Ay, eres
muy cruel!

MANUEL Esas palabras
que salieran de tus labios,
francamente, no esperaba.
¿Yo cruel? ¡Ah! siempre ha sido
muy injusta la desgracia;
¡y la tuya es grande, tanto...
tanto, María, que espanta!

MARIA. ¡Manuel!

MANUEL. ¡Es triste! muy triste
amar, creer que nos aman,
para perder de improviso
y por siempre la esperanza!
¡Ah! ¡yo tambien! ¡yo tambien
sé algo de eso!

MARIA. ¡Basta, basta!

MANUEL. ¡Porque hace tiempo, hace tiempo
que lo sé todo!... ¿Pensabais

engañarme? ¡Desgraciados!
¡Es que yo me lo ocultaba
á mí mismo! ¡No queria
dar crédito á tanta infamia!
¿A qué imponerte el castigo?
¡Harto expias ya tu falta!
¡Está casado! ¿Tú lo oyes?
¡Está casado! ¡Os separa
un abismo!

MARIA. ¡Ah! *(Ocultando el rostro.)*

MANUEL. ¡No llores!
¿No ves, no ves, insensata,
que con tu dolor me insultas
y me ofendes con tus lágrimas?
Si el mundo impío escarnece
á la que es digna de lástima,
tú, tú que no la mereces,
¿qué esperas, desventurada?
¡Ira de Dios! ¡hay momentos
en que quisiera matarla,
y sin embargo, no puedo
separarme de ella! ¡ingrata!
¡Tú lo has querido! ¡qué vida,
qué porvenir nos aguarda!
¡Tú con tus remordimientos,
yo con mi perdida calma!...
¿Pero, no me oyes, María?
¿No me oyes? ¡Responde! ¡habla!
¡Que oiga yo tu voz!... ¡ah! ¡creo
que alguien se acerca, levanta
la cabeza, que no adviertan
que estas confusa, turbada!
¡Qué, tienes vergüenza, miedo
de mirarme cara á cara!
¡Levántate!

MARIA. ¡Si no puedo!

MANUEL. Yo, tu marido lo manda!

ESCENA IX.

Dichos, ANDREA, LUIS. *Convidados, unos se sientan, otros pasean, otros forman grupo y hablan en voz baja.*

LUIS. (¡Todavía aquí!)

ANDREA. (Es preciso

que yo de mis dudas salga.)
¡Señora!

MANUEL. (¡Valor, María!)

ANDREA. ¿Cómo aquí tan retirada?
¿No baila usted?

MARIA. ¡Yo!... (*Turbada.*)

ANDREA. (¡Se turba!)
Ea, Luis, haz tu demanda.

MARIA. ¡Luis!

ANDREA. Mi marido desea
bailar con usted.

LUIS. ¿Yo?

ANDREA. (¡Calla!)

MARIA. Pero...

MANUEL. (¡Baila!)

MARIA. (¡Manuel!)

MANUEL. (¡Todo,
menos que sospechen... baila!)
Luis, dále el brazo á mi esposa.
¿Y usted?

MARIA. Me encuentro cansada.

MANUEL. Pues yo voy á jugar...

ANDREA. ¡Bien!

MANUEL. ¡Soy un vicioso de marca! (*Vase.*)

Luis dá el brazo á María y desaparecen por el foro.—D. Manuel les sigue con la mirada hasta perderlos de vista, y entra en la sala de juego despues de limpiarse el sudor.

ESCENA X.

ANDREA, *convidados, luego* CASTO.

ANDREA. No los perderé de vista,
y si es verdad que se aman,
lo que en secreto se digan
¡sabré leer en sus miradas!
¡Necesito confundir
á esa mujer, humillarla!
Si yo supiera su historia...
hace poco iba á contármela
el primo del doctor...

CASTO. ¿Primo?
(*Trae una bandeja con tres vasos de ponche.*)
¿Dónde está ese papanatas?

ANDREA. (¡Ah!)
CASTO. ¡Se ha ido! ¡qué demonio!
ANDREA. (¡Este me puede dar armas...!)
CASTO. Pues yo no espero á mi primo,
porque eso es una primada.
(*Deja la bandeja en el velador y se sienta.*)
ANDREA. (Vamos á ver.) ¡Caballero!
CASTO. Señora, ¿gusta usted? (*Levantándose.*)
ANDREA. ¡Gracias!
Espero que usté me cumpla
su palabra.
CASTO. ¿Mi palabra?
ANDREA. Me ha dado usted el prospecto
de una novela.
CASTO. ¿Yo?
ANDREA. ¡Vaya!
Es una novela histórica...
CASTO. No comprendo una palabra.
ANDREA. ¡Qué! ¿no cae usted? la historia
de esa jóven tan simpática...
¡su primita de usted!
CASTO. ¡Ya!
ANDREA. Me alegro de que usted caiga...
(*Va á sentarse, pero con tan poco acierto que se apoya en el velador para no caerse.*)
CASTO. ¿De veras? pues mire usté,
por poco me rompo el alma.
ANDREA. Con que cuénteme usted...
CASTO. ¡Oh!
¡es una historia muy larga...!
ANDREA. Empiece usté, pues.
CASTO. ¡Empiezo!
Pero ¡ah! ¡se me olvidaba
decir á usté que si gusta!
Señora, ¿gusta usted?
ANDREA. ¡Gracias!
D. Casto bebe y seguirá bebiendo de vez en cuando durante esta escena, animándose gradualmente hasta ponerse en un estado de escitacion que es el primer período de embriaguez.
(¡Qué atroz! ¡Un vaso de un sorbo!)
CASTO. ¡Esto conforta, no es chanza!
ANDREA. ¡Ea! ¡Ya escucho!
CASTO. Mi prima

nació como nacen varias;
su padre fué tan modesto
que no quiso dar la cara.
En cambio, la Providencia
dotó á la pobre muchacha
de una voz tan poderosa,
tan argentina, tan clara,
que su mamá, aprovechando
tan preciosa circunstancia,
la aplicó á vender periódicos
por esas calles y plazas.
Creció y con ella crecieron
las maternas esperanzas,
porque mi prima... ¡Apropósito!
¿Gusta usted, señora? *(D. Casto bebe.)*

ANDREA. ¡Gracias!
¡Continúe usté.

CASTO. ¿Bebiendo?
Despues, por ahora basta.

ANDREA. Decia usted que...

CASTO. Decia
que mi prima se encontraba
en esa dichosa edad
en que la más fea es guapa,
y cate usted convertida
en bailarina y en dama,
de no me acuerdo que teatro,
donde creo que la daban
cinco reales y el café
con bollo ó media tostada,
á la Patti callejera
que á voz en cuello gritaba
«¡El Cencerro!» «¡El Gil Blas!» «!La
Correspondencia de España!» (*Remedando.*)

ANDREA. ¡Menos detalles!

CASTO. En fin,
de la noche á la mañana
sin saber cómo, mi primo,
que no hace más que primadas,
comete la imperdonable
de enamorarse y se casa.

ANDREA. ¡Y bien!

CASTO. La boda es el término
de casi todas las farsas,
pero aquí es precisamente

donde crece en importancia,
en interés, esta historia
cómico-melodramática.

ANDREA. ¡En fin!

CASTO. Pero á todo esto,
no dije si usted gustaba...
Más vale tarde que nunca.
Señora, ¿gusta usted?

ANDREA. ¡Gracias! (*Con despecho.*)

ESCENA XI.

Dichos.—MANUEL.—*Los convidados, atraidos por las palabras de* D. CASTO *conluyen, por rodearle y participar de la impaciencia de* ANDREA.

MANUEL. ¡He ganado tambien! ¡ah!
¡No miente el refran! ¡no miente!

ANDREA. Beba usted menos, y cuente
sin divagar...

CASTO. ¡Voy allá! (*Bebe.*)

ANDREA. Pero...

CASTO. ¡Sublime ponchada!
¡Que yo en lo que vale estimo!
¡Quedamos, en que mi primo
cometió la gran primada.
(*D. Manuel al oir que hablan de él se detiene á cierta distancia, sin que los demás lo noten hasta que lo indique el diálogo.*)
creyó que era el matrimonio
la dicha, y como está escrito
que el que busca un angelito
encuentra siempre un demonio,
el doctor, sábio eminente,
falta al sentido comun
muchas veces, porque es un...
marido condescendiente;
y otra calificacion
no le doy, por si hay marido
que se dé por aludido
en esta amable reunion!
¡En fin, que espone á mil chascos
una mujer jóven, bella;
él es un infeliz, y ella!...

algo ligera de cascos.

(*D. Manuel dá un paso para lanzarse sobre D. Casto; pero hace un esfuerzo y se contiene.*)

La que bailarina ha sido,
no encuentra mejor tablado
para un buen zapateado
como el honor de un marido.

(*D. Manuel hace el mismo juego de antes.*)

vió al mimado de las bellás,
á don Luis, ¡un badulaque!
Pero de muy buen empaque,
que es lo que les gusta á ellas,
y... ¡pero dispense uste!... (*Repara en Andrea.*)

ANDREA. ¡Nada, adelante!

CASTO. Decia,
que la sensible María...
¡resábios de lo que fué!
¡Vió su virtud en un tris,
la asedió don Luis, y hoy... ¡pues!
la mujer del doctor, es...
la querida de don Luis.

(*Murmullos y risas de los convidados.*)

ANDREA. (¡Ah!)

MANUEL. ¡Mientes!

(*Se lanza sobre él sacudiéndole fuerte.*)

CASTO. ¡Oh! (*Aterrado. Cesan las risas.*)

MANUEL. ¿Quién tal dijo?
¿Fuiste tú? ¿Probarlo puedes?
¡No! ¡No se vayan ustedes!

(*Deteniendo á los convidados que se retiran.*)

¡Yo lo ruego! ¡Yo lo exijo!
¿No tengo acaso razon?
¡El que oidos dió á un aleve
calumniador, ese debe
oir la retractacion!
¿Cómo quieres que te llame?
¡Di que estás ébrio!

CASTO. ¡Lo estoy!

MANUEL. ¡Que eres un infame!

CASTO. Soy
un...

MANUEL. ¡Un infame!

CASTO. ¡Un... infame!

(*Haciendo esfuerzos cómicamente desesperados por esforzar la voz ahogada por el terror.*)

MANUEL. Una enemiga mortal
siempre has visto en mi mujer,
porque aspirabas á ser
mi heredero universal;
y como es para mí
ella la hermosa esperanza
de un heredero, en venganza
¿la has calumniado?

CASTO. ¡Sí, sí!

MANUEL. ¡Luego está ileso mi honor!
¡Libre de mancha mi nombre!
¿Lo oyen ustedes? ¡Este hombre
es un vil calumniador!
(Los convidados miran con desprecio á Casto y se alejan escandalizados.)
¡Quieto! *(Le coge del cuello al intentar escapar.)*

CASTO. ¡Seré más discreto
en adelante!

MANUEL. ¡María!
(Viendo á María y Luis en el foro.)

CASTO. (Me eclipso) *(Intenta huir, don Manuel le sujeta.)*

MANUEL. No, todavía
no has concluido.

CASTO. ¡Ay¡

MANUEL. ¡Quieto!

CASTO. (¡Me pone en graves apuros
esta lengua intempestiva!...
¡Primo cruel! ¡y yo que iba
á pedirle cinco duros!)

ESCENA XII.

Dichos.—María.—Luis.

MANUEL. ¡Pídele perdon!

CASTO. ¿Me humillas?...

MANUEL. ¡Pero, pronto, pronto! ¡Ahora!

CASTO. ¡Prima!...

MANUEL. ¡Señora! *(Obligándole á rectificcar.)*

CASTO. ¡Señora!

MANUEL. ¡De rodillas! ¡de rodillas! *(Le hace arrodillar.)*

CASTO. ¡Aunque yo beber no suelo
porque soy muy arreglado,
bebí un poco... demasiado!
¡Y se me fué el santo al cielo!

Me ocupé de ti... quizás
me dió por ser embustero,
tal vez te calumnié, pero...
¡Pero ya no lo haré más!
¡Mi primo me maltrató!
¡Está dado á Belcebú!
¡Prima, perdóname tú
como te perdono yo! (*Vase.*)
(*Don Manuel le señala con ademan imperioso la puerta, D. Casto sale precipitadamente.*)

ESCENA XIII.

Dichos menos CASTO.

ANDREA. ¡No sé, no sé qué pensar!
(*Durante la escena anterior habrá permanecido muda, pero impaciente, agitada y como deseando comprender la verdad de lo que sucede.*)

MARIA. (Qué hacen? ¿qué dicen?)
(*Con la estrañeza del que no comprende lo que pasa.*)

MANUEL. Ahora,
con su permiso, señora,
nos vamos á retirar.

ANDREA. ¿Qué es eso?
(*A María, que vacila, y que, para no caerse, tiene que apoyarse en el brazo de su marido.*)

MANUEL. (¡Valor, María!)
no es nada.

MARIA. Nada. (¡Ay de mí!)

LUIS. Pero... (*Dando un paso hácia María.*)

MANUEL. (Su esposa está allí.
¿Lo oye usted? Esta es la mia.)
(*D. Manuel cruza la escena llevando del brazo á María, que anda con dificultad. Los convidados les abren paso y se inclinan, saludándolos. Luis permanece inmóvil, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada. Andrea le contempla un instante, y despues, como comprendiéndolo todo, ahoga un grito de dolor, y cubriéndose el rostro con la mano se deja caer en una silla.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Jardin.—Pabellon al foro.—Arboles.—Bancos de piedra.—Macetas, etc.

ESCENA PRIMERA.

CASTO.—MARTA.

CASTO. «Que descansada vida (*Leyendo.*)
la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido.»
MARTA. ¡Bien! Aunque sea indiscreta,
¿esas coplas de quién son?
CASTO. De... de Fray Luis de Leon. *(Viendo la firma,)*
MARTA. No le conozco
CASTO. Un poeta
que está, como todos, loco;
pero es un hombre de pro.
¿Y no le conoces?
MARTA. No.
CASTO. Pues mira, yo... yo tampoco.
Pero, sin hacerle agravio,
miente ese vate profundo:
yo vivo lejos del mundo
y no me tengo por sabio.
Ajeno á todo desliz
huyo el ruido mundanal,
y estoy hecho un animal,
pero un animal feliz.

Mi primo, hace un mes, compró
esta quinta, situada
á una legua de Granada,
y á ella se trasladó,
sin más objeto que ver
si hace felizmente crisis
esa malhadada tisis
que devora á su mujer.
Mi prima, sin duda, trata,
yo no sé en lo que se funda,
de ser aquí una segunda
edicion de la Traviata,
que jamás conoció el tedio
y vivió de contrabando,
arrepintiéndose cuando...
no tenia ya remedio.
Yo la veo padecer
y padezco tambien...

MARTA. ¿Sí?
Pues se está usté dando aquí
una vida.,.

CASTO. ¿Y qué he de hacer?
En Madrid pasaba apuros,
y me dije: no estoy bien
lejos de mi primo, ¿á quién
voy á pedir cinco duros?
Vine por fin y encontré
á mi primo algo ofendido,
pero pronto dando á olvido
la escena de la soirée,
abrazándome, exclamó:
pues somos primos carnales.
¡Si te hacen falta cien reales
ya sabes que aquí estoy yo!
A veces su afecto merma
y reverdece su encono,
pues yo hago lo que el mono,
que hace reir á la enferma.
Digo cualquier tontería,
y ella se rie de un modo,
que él olvidándolo todo
hasta llora de alegría.
Y aunque aquí no paso apuros,
como es tan bueno y sencillo,
suele echar mano al bolsillo

y largarme cinco duros.

MARTA. Tanta generosidad
no espere usté que me asombre,
porque no se encuentra un hombre
que iguale á mi amo en bondad.
Aunque el pobre esté en un potro
sufre y calla.

CASTO, Si.

MARTA. Yo era...
servía de medianera
entre el ama y el... el otro.
Aficionada al comercio
solía traer y llevar
recaditos, sin pensar
que hacia al amo mal tercio.

CASTO. ¡Bah! ¡Bah! no tiene ese oficio
más de nna persona grave?

MARTA. La cuestion es, que el lo sabe
y me tiene á su servicio.

CASTO. Hay corazones tan puros,
tan buenos, tan...

MARTA. ¡El señor!

CASTO. Pues, vete. Si está de humor.
le pediré cinco duros. (*Vase.*)

ESCENA II.

D. CASTO *y* D. MANUEL.

MANUEL. Bnenos dias.

CASTO. ¿Y la enferma?
¿Hay mejoría?

MANUEL. Sí, y tanta,
que más que me tranquiliza
por lo imprevista, me alarma.
Anoche me hízo temblar
por su vida, esta mañana
la hallé tranquila, tal vez
sea aparente esa calma,
yo no sé qué pensar de esa
mejoría inesperada;
quizá al ver lo que sufrimos
Dios de ella y de mí se apiada;
tal vez ese bien, me anuncie
la mayor de las desgracias.

CASTO. No entiendo de medicina,
mas dice un doctor de fama
que si una mujer que tiene,
pongo por caso, tercianas,
se siente mejor, es prueba
de que está más aliviada.

MANUEL. ¡Y hay quien dice que los médicos
sabemos algo! ¡hay quien habla
del progreso de la ciencia!
¡no sabemos nada! ¡nada!
¡la tísis no tiene cura!
dice el sábio en su ignorancia,
¡no tiene remedio! afirma,
y es que lo busca y no lo halla;
¡pero lo hay! ¡debe haberlo!
porque esa es la vida humana;
no hay veneno sin antídoto,
como no es posible que haya
sombra sin luz, ¡junto al mal
se encuentra el bien! ¡Oh! ¡la sábia
naturaleza! esa es
la que cura y la que mata.
Cuando María respira
las brisas embalsamadas
del jardin, parece entonces
que su espíritu renazca,
que sus sentidos despiertan
que siente un nuevo sér, que abra
su corazon a la vida
del amor y la esperanza,
como abre la flor su cáliz
al sóplo de la mañana.
¡Pero no sé lo que siento
cuando fija sus miradas
en el cielo! ¡me parece
que vá á escapársele el alma!
¡Tiene á veces una fuerza
de percepcion, que me espanta!
Oye imperceptibles ruidos
á prodigiosas distancias,
siente el más leve perfume
de las flores más lejanas...
¿Esto es la vida que vuelve
ó la vida que se escapa?
¡Ah! ¡Dios lo sabe! ¡Nosotros

no sabemos nada! ¡nada!

CASTO. Yo conocia á un doctor
en medicina y farmacia...
un hombre muy campechano,
no le hacian nunca falta
cien reales en el bolsillo,
que decia que curaba
la tísis en cuatro dias,
¡pero el pobre murió de asma!
De todos modos, ha sido
idea muy acertada
la de venir á esta quinta;
aquí la vida se pasa
sin sentir, es mas tranquila,
sobre todo, mas barata.
Aquí, como tú comprendes,
no hay exigencias que valgan;
el que tiene, por ejemplo,
cinco duros, no los gasta.
Sin embargo, siempre es bueno
eso de ponerse en guardia
y decir, por si algo ocurre,
aquí tengo, verbo y gracia,
cien reales en el bolsillo,
y á mí no me asusta nada.
Pues mas vale un por si acaso,
¿estamos? que un ¡quién pensara!

MANUEL. ¿Qué hora será ya? ¡Las once!
Dios mio, ¡pero esa Marta
en qué piensa! Le encargué
que á las diez me despertara...
¡Dejarme dormir tres horas!

CASTO. Pero, hombre, el que no descansa...

MANUEL. Esa chica es una imbécil.

CASTO. ¿Quién se fia de criadas?
Apuesto yo cinco duros...
quién los tuviera ¿eh? ¡que ganga!
á que se está paseando
por ahí sin hacer nada...

MANUEL. Corro al lado de María;
voy á darle la tisana.

CASTO. Sí, ¡corre! Hasta luego, primo;
ya sabes que si hago falta...
En fin, no siendo dinero,
¡pues! ó cosa que lo valga,

puedes disponer... ya sabes
que soy tuyo en cuerpo y alma.

ESCENA III.

CASTO, *luego* LUIS.

CASTO. Pues señor, mi primo es hombre
que no entiende de indirectas.
Estar sin un cuarto, es cosa
que, francamente, ¡me aterra!
Cuando tengo cinco duros
todo el mundo me respeta;
pero cuando no los tengo,
me miran de una manera,
que parece que conocen
que no tengo una peseta.

LUIS. (Estoy decidido á todo;
¡suceda lo que suceda!
voy á partir; pero antes
es preciso que la vea.)

CASTO. ¡Don Luis!

LUIS. ¡Es don Casto!

CASTO. ¡El mismo!
¿Usted, por aquí, tronera?

LUIS. ¿Le asombra á usted?

CASTO. No, señor,
No me asombra que se atreva...
mi primo es todo un bendito;
de fijo, ya no se acuerda;
pero ese luto... ese luto
¿por quién es?

LUIS. Es por Andrea.

CASTO. ¿Ha enviudado usted?

LUIS. Sí.

CASTO. Al mes...

LUIS. ¡Dios quiso disponer de ella!

CASTO. Pues, señor, ¡es una ganga!
Doy á usted mi enhorabuena...
digo, el pésame... ¿y de qué
ha muerto?

LUIS. De una dolencia
que no cura ningun médico.

CASTO. ¿No?... pues eso me recuerda
á una amiga... ¡á una tal Paca!

era una mujer tan perra,
en fin, tan irracional,
que un dia, que estaba enferma,
me mandó á buscar un medico
y yo le traje un albeitar.

LUIS. Era celosa y los celos... (*Distraido*)
los celos matan...

CASTO. ¡Friolera!
Dígalo Tecla, otra amiga...
¡otra qué tal! una tecla
de esas que suenan muy mal,
cuando el bolsillo no suena;
pero eso no me importaba,
porque yo en aquella época
tenia siempre cien reales
para cualquier francachela.
Figúrese usted que un dia...

LUIS. ¿Y el doctor?

CASTO. De centinela
perpétuo, velando siempre
junto al lecho de la enferma.

LUIS. ¡Qué! ¿No está mejor?

CASTO. ¿María?
!Cá! parece que se empeña
en morir como murió
la dama de las Camelias.

LUIS. ¡Pobre Maria!

CASTO. Es el caso
que la infeliz no se queja...
Está siempre tan campante,
lo mismo que si tuviera
cinco duros disponibles
para las mil menudencias
que son el sueño dorado
de todas las hijas de Eva.
¿Pero usted viene á vivir
con nosotros?

LUIS. ¿Yo? ¡Qué idea!

CASTO. Nada tendria de extraño...
no hay por qué usted se sorprenda,
el doctor no es de esos hombres
que tienen la manga estrecha...

LUIS. Vengo á despedirme.

CASTO. ¡Hola!
¿Se marcha usted?

LUIS. A la América
del Norte.

CASTO. Como quien dice.
ahí, detrás de la puerta...
Pues nada, ¡valor y á ello!
á ver si allí se prospera
y vuelve usted millonario.

LUIS. Es probable que no vuelva.

CASTO. ¿No? Pues señor, yo tambien
me marcho, pero más cerca;
me voy, como de costumbre,
á dar por allí una vuelta;
en fin, un paseo higiénico;
luego almuerzo como un bestia,
permítaseme esta frase
reñida con la etiqueta.
Conque, buen viaje, querido.

LUIS. ¡Adios!

CASTO. ¡Salud y pesetas!

ESCENA IV.

LUIS, *luego* D. MANUEL.

LUIS. Nada en el mundo me hará
variar de resolucion:
voy á partir, y antes quiero
despedirme de los dos.
(Manuel sale del pabellon con el traje en desórden, la mirada vaga y ese aire de indiferencia é insensibilidad del hombre próximo á perder la razon.)

MANUEL. (¡Allí está! Duerme tranquila.)

LUIS. (¡El! ¡Y en qué estado!)

MANUEL. (El amor
vela su sueño, la frente
sobre mi hombro posó,
sentí pasar por la mia
una ráfaga veloz,
que hizo que toda mi sangre
se agolpase al corazon.)

LUIS. ¡Don Manuel!

MANUEL. (Era que su alma
volaba á un mundo mejor,
y al pasar besó mi frente
dándome su último adios.)

LUIS. ¡Don Manuel!
MANUEL. ¿Eres tú, Luis?
LUIS. (¡Mi presencia su furor
no provoca! ¡Ni siquiera
se sorprende!)
MANUEL. (¡Sí, murió!)
LUIS. Vengo á despedirme; parto
para no volver.
MANUEL. (¡En pos
de su alma se fué la mia!)
LUIS. ¡Una palabra, doctor!
MANUEL. ¿Qué quieres?
LUIS. Y ella, ¿está aquí?
(Despues de un momento de vacilacion.)
MANUEL. Sí.
LUIS. ¿Sufriendo siempre?
MANUEL. No.
¡María no sufre ya!
LUIS. ¡Ah, loado sea Dios!
MANUEL. ¿Quieres verla?
LUIS. ¡Quiero verla
por última vez!
MANUEL. Pues voy
voy á enseñártela: ¡mírala!
(Corre hácia el pabellon, abre la puerta y aparece María vestida de blanco y tendida sobre un lecho de flores.)
LUIS. ¡Muerta! *(Dando un grito y retrocediendo.)*
MANUEL. ¡Mírala!
LUIS. ¡Perdon!
(Cayendo de rodillas y estendiendo el brazo hácia el pabellon.—D. Manuel cierra la puerta, baja de nuevo y dice á Luis en el colmo de la desesperacion.)
MANUEL. ¡Perdonarte! ¡Quizás ella
al morir te perdonó,
pero yo no te perdono!
¡Es la justicia de Dios
la que en mis manos te pone
y te entrega á mi furor!
!Muere! ¡Muere! ¡Ah!
(Se lanza sobre él y levanta los brazos para herirle.—De repente vuelven á caer inertes.—Lanza un grito, vacila y cae por fin en los brazos de Luis que le sostiene.)

LUIS. ¡Dios mio!
(*Le sienta en una butaca.*)
MANUEL. ¿Qué es esto? ¡qué! ¿dónde estoy?
¿Qué es lo que tengo aquí... aquí
en la cabeza?
(*Llevándose las manos á la cabeza, como para impedir que huya la razon que le abandona.*)
LUIS. ¡Qué horror!
¡Ella ha muerto! ¡El sufre más:
ha perdido la razon!

ESCENA ULTIMA.

Dichos.—CASTO.

CASTO. ¿Qué pasa?
LUIS. ¡Infeliz!
CASTO. ¿Qué es ello?
¡no abuses de mi paciencia!
díme...
LUIS. ¡Es una inteligencia
que dá su último destello!
CASTO. Eso, si no me equivoco,
quiere decir que...
LUIS. ¡Que muere
su razon!
CASTO. ¡Ah! ¡ya! ¡eso quiere
decir, que se ha vuelto loco!
MANUEL. ¡María!
CASTO. En un dos por tres
tal vez el juicio recobre,
pero por el pronto, el pobre
tendrá que ir á Leganés.
LUIS. ¡Oh! ¡nunca! yo á la razon
podré volverle quizás...
Abandonarle ¡jamás!
¡jamás! ¡es mi expiacion!
¡sí, toda falta se expía!
¡no hay quien esa ley destruya;
ella ha expiado la suya,
yo debo expiar la mia!
(*Tiende los brazos á D. Manuel, que apoya en ellos la cabeza.*)

FIN.